

# Revista *Atenea*

DIETER OELKER\*

Esta revista es, sin duda, una de las publicaciones de más larga vida y de mayor importancia en Iberoamérica. Pertenece a la Universidad de Concepción, Chile, donde surgió, por iniciativa de su Rector-Fundador Enrique Molina, en abril de 1924. *Atenea* lleva el subtítulo “Revista de Ciencia, Arte y Literatura” –en sus orígenes, hasta el N° 67, “de Ciencias, Letras y Bellas Artes”, y hasta el N° 431/422, “de Ciencias, Letras y Artes”– para destacar su carácter multidisciplinario y general. Desde su creación, la revista no ha dejado de publicarse, variando sólo la frecuencia de su aparición: mensual hasta 1955, bimensual en 1956, trimestral hasta 1968 y semestral en la actualidad. A partir de 1929 se reemplazó su numeración anual por una continua, comenzando por el N° 51 para integrar a la serie los ejemplares publicados con anterioridad. El formato de *Atenea* es de 22 cm x 14.5 cm –salvo los seis primeros números que fueron de 23,5 cm x 17,5 cm– y alcanza hoy un volumen cercano o superior a las doscientas páginas. Internamente, la revista está estructurada en una sección que incluye artículos, ensayos y obras de creación, y otra destinada al comentario crítico –reseña, crónica, nota y documentos– de la vida universitaria y del acontecer cultural. La publicación está a cargo de un Director, quien actúa asesorado por una Comisión, cuyos integrantes representan a las diversas áreas disciplinarias y del quehacer académico de la Universidad.

Los objetivos de *Atenea* quedaron nítidamente expuestos en su primer editorial: 1º, servir a los intereses de la cultura en todas sus dimensiones, 2º, constituirse en una tribuna abierta al pensamiento, especialmente de Chile

\*DIETER OELKER: Profesor de Teoría Literaria en la Universidad de Concepción.

e Iberoamérica y 3º, contribuir a la comprensión del carácter histórico de los procesos culturales: “Con los ojos abiertos hacia el porvenir, no dejamos, sin embargo, de mirar el presente, ni desconocemos los valores del pasado” (“Atenea”, *Atenea*, I, 1 (1924): 4), para cumplir con estos propósitos, la Comisión Directiva de la revista fijó, como sus principios rectores, la *tolerancia* y el *rigor*. Conforme a ellos y a su clara *inspiración humanista* que, por lo demás, ya explicita el nombre de la revista, se acogieron en sus páginas “todo tópico de interés humano, sin más restricciones que las señaladas por el método y la técnica” (loc. cit.) inherentes a las diferentes áreas de la actividad intelectual. Guiados por tales propósitos y principios y conforme a su arraigo en la cultura nacional, vocación iberoamericana y proyección universal, el primer editorial de la revista culminaba en un llamado a los pensadores, hombres de ciencia y letras de todas las latitudes, para contribuir con sus aportes a darle vida a la publicación. Sin embargo, a pesar de su carácter general y multidisciplinario, evidenciado por los numerosos artículos sobre antropología, arte, ciencias, cultura, economía, filosofía, folklore, geografía, historia, medicina, pintura, psicología y política, siempre ha prevalecido –aunque nunca en forma excluyente– el interés por la poesía y la ficción. De ahí que los aportes más valiosos de *Atenea* los constituyan sus estudios literarios y la publicación de obras de creación, lo cual la convirtió, con el pasar de los años, en una verdadera antología de los autores más representativos de las letras chilenas, situados en el contexto del devenir cultural, artístico e intelectual del país.

La fundación de la revista coincidió con una serie de profundos cambios en la estructura social, económica, política y cultural, operados durante la década del 20 en Chile. Fue en este período, cuando los sectores medios en ascenso terminan por consolidar su posición y afianzarse en el poder, y comienzan a recuperar, en franca controversia con su orientación inicial hacia lo chileno, campesino y popular, lo europeo, moderno y universal. La revista *Atenea* participó, desde sus inicios, de la dinámica presente en la fragmentación de la clase media en una variedad de *ismos* políticos, literarios y artísticos, y en su relación polémica con el positivismo cultural de los comienzos de siglo. De esta manera, se puede observar en sus publicaciones de los primeros quinquenios, una notoria influencia europea que, sin embargo, nunca llegó a desarraigarla del medio cultural iberoamericano o de la realidad nacional. Bajo la conducción de Enrique Molina y con la asesoría de destacados representantes de las letras chilenas que formaban

parte de la Comisión Directiva en calidad de “Representantes en Santiago”, la revista pasó a convertirse pronto en una selecta expresión de los mejores valores del pensamiento. Siempre atentos al devenir cultural en el cual ellos mismos participaban, Eduardo Barrios, Raúl Silva Castro, Domingo Melfi y Luis Durán, Directores-Representantes de *Atenea* entre 1925 y 1954, abrieron las páginas de la revista a los escritores, artistas, críticos y estudiosos más relevantes o promisorios de sus respectivos períodos. Fue así como se publicaron en la revista la obra ensayística o de creación literaria de casi todos los escritores que posteriormente fueron distinguidos con el Premio Nacional de Literatura o, como en el caso de Gabriela Mistral y Pablo Neruda, con el Premio Nobel. Fueron colaboradores habituales de *Atenea* Marta Brunet, Angel Cruchaga Santa María, Hernán Díaz Arrieta (seud. Alone), Joaquín Edwards Bello, Francisco Antonio Encina, José Santos González Vera, Augusto G. Thomson (seud. Augusto d’Halmar), Mariano Latorre, Pedro Prado, Manuel Rojas, Fernando Santiván y Benjamín Subercaseaux. Por su parte, entre los intelectuales iberoamericanos que enviaron trabajos a la revista, cabe recordar, entre otros, a Ciro Alegría, Mariano Azuela, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes, Juana de Irbabourou, Leopoldo Lugones, Victoria Ocampo, Mariano Picón-Salas, Alfonso Reyes, Luis Alberto Sánchez, Arturo Uslar Pietri y José Vasconcelos, y de los europeos y norteamericanos, a Pío Baroja, Américo Castro, T.S. Eliot, William Faulkner, Somerset Maugham, André Maurois, Francis de Miomandre, Giovanni Papini, Romain Rolland y Miguel de Unamuno. Especial mención merecen los números monográficos de la revista, dedicados a las Letras Nacionales (Nº 100), al Movimiento Literario de 1842 (Nº 203), al Cuento Chileno (Nº 279/280), al Ensayo Histórico Chileno (Nº 291/292), al Encuentro de Escritores Chilenos (Nº 380/381), a la Pintura Chilena (Nº 428) o al Surrealismo en Chile (Nº 452), para mencionar sólo algunos, o las ediciones extraordinarias consagradas, entre otros, a Unamuno (Nº 139), Pérez Galdós (Nº 115), Cervantes (Nº 268), Tirso de Molina (Nº 276), Goethe y Balzac (Nº 289/290), Martí (Nº 334), Ortega y Gasset (Nº 367/368), Góngora (Nº 393), Darío (Nº 415/416) o Bello (Nº 443/444).

En 1954 asumió, primero la Representación y, a partir de 1963, la Dirección de *Atenea*, el pedagogo, docente y crítico literario, Milton Rossel, quien ejerció este cargo hasta su fallecimiento en 1967. Posteriormente, la revista pasó a depender de hecho del Consejo de Difusión, creado durante la Reforma Universitaria de 1968, sin perjuicio de que seguía existiendo una

Comisión Consultiva presidida por el Rector. La revista no apareció en 1969, y en 1970 se publicaron, bajo el nombre de *Nueva Atenea*, los números 423 y 424. Estos fueron concebidos en la perspectiva abierta por la Reforma, es decir, en la convicción de que “el quehacer teórico y creador del país puede incidir en una praxis revolucionaria que apunte, desde todos los niveles de la actividad social, a erradicar nuestro subdesarrollo”. Ello explica su cuestionamiento del “humanismo un poco idílico”, hallado en el devenir histórico de *Atenea*, su esfuerzo por arraigarse “en la realidad política y social” que vivía el país y “la voluntad de prescindir del preciosismo académico en beneficio de una palabra que esté lo más cerca posible de la acción” (“Editorial”. *Nueva Atenea* N<sup>os</sup> 423 y 424 (1970): 1 y 2, respectivamente). El formato de estas dos publicaciones fue de 21.5 cm x 21.5 cm, su volumen cercano a las cien páginas y su Director, el escritor Enrique Lihn. Un año más tarde, luego de no aparecer en 1971, *Atenea* recupera, con el N<sup>o</sup> 425, su antiguo nombre y vuelve a su estructura y presentación tradicional. La Comisión Directiva de la época hizo suyo el llamado a los intelectuales del mundo publicado en el editorial de 1924, dirigiéndose especialmente a “todos los que están en esta lucha... por la libertad social, cultural y económica” de los pueblos de América Latina (“Editorial”. *Atenea* N<sup>o</sup> 425 (1972): 3).

A partir de 1976, año en el cual asume el periodista Tito Castillo la Secretaría –después Dirección– de la revista, se enfatizó la exigencia de evitar, en los artículos y trabajos, “la especialización excesiva o monográfica, así como la difusión superficial” (“Reglamento de la Revista *Atenea*”. *Atenea*, CL, 400 (1963): 255). Al mismo tiempo se observa una preocupación especial por equilibrar el aporte de las diferentes áreas disciplinarias, a la vez que la tendencia de preferir el ensayo científico, filosófico o de investigación literaria, por sobre las obras poéticas o de ficción.

Con el fin de contribuir al progreso intelectual del país, la Universidad de Concepción instituyó, a partir de 1929, por intermedio de la revista *Atenea*, dos premios anuales para las mejores obras científicas y literarias publicadas en el año anterior a su concesión. Nacieron así los Premios Atenea, uno en Ciencias y otro en Literatura, para reconocer a la vez que estimular el desarrollo de las letras y de la investigación científica en Chile. El primero en recibir el Premio Literario fue Manuel Rojas por su libro *El delincuente*, correspondiendo, a Carlos Keller, el primer Premio Científico por su obra *La eterna crisis chilena*. El galardón fue entregado, sin interrup-

ciones, hasta 1967, transformándose, con el correr de los años, en uno de los reconocimientos más importantes y prestigiados del país.

A un cuarto de siglo de la publicación de la revista escribía Enrique Molina que “*Atenea* está al servicio de la cultura desde sus dintornos nacionales hasta los universales. Ningún historiador de la literatura chilena y americana, podrá prescindir de ella en adelante como fuente indispensable de información” (“Puntos de vista”. *Atenea*, XCV, 291/292 (1949): 2). Esta valoración de *Atenea* hecha por quien fuera su fundador, ha sido ampliamente confirmada por Arthur E. Gropp, encargado de la elaboración de su primer índice general, correspondiente al período 1924-1950, y por Boyd G. Carter en su libro dedicado a las revistas literarias del continente. Conforme a su temperamento humanista, la revista ha estado tradicionalmente abierta a todos los horizontes del pensamiento libre, por lo cual ha podido constituirse en un espejo del devenir intelectual de Chile e Iberoamérica.

#### BIBLIOGRAFIA

“Atenea”. *Atenea* (Concepción, Chile), I, 1 (1924): 3-5.

“Editorial”. *Nueva Atenea*, 423 (1970): 1.

“Editorial”, *Nueva Atenea*, 424 (1970): 1-2.

“Editorial”, 425 (1972): 3. “Reglamento de la Revista *Atenea*”. *Atenea*, CL, 400 (1963): 255-257.

CARTER, BOYD G. *Las revistas literarias de Hispanoamérica. Breve historia y contenido*. México. Ediciones de Andrea, 1959. Columbus Memorial Library. *Índice General de Atenea. Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes publicada por la Universidad de Concepción (Chile) 1924-1950*. Washington D.C., Departamento de Asuntos Culturales, Unión Panamericana, 1955. E.M. [Enrique Molina]. “Puntos de vista”. *Atenea*, XCV, 291/292 (1949): 1-2.

FUENZALIDA PEREIRA, JORGE. “*Atenea* en su trayectoria de cuarenta años”. *Atenea*, CLIV, 404 (1964): 31-68.